



26

noviembre

**Domingo XXXIV del Tiempo Ordinario
(Ciclo A) – 2017**

Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo
(Mt 25,31-46)

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Yo juzgaré entre oveja y oveja

Lectura de la profecía de Ezequiel 34, 11-12. 15-17

Así habla el Señor:

¡Aquí estoy Yo! Yo mismo voy a buscar mi rebaño y me ocuparé de él. Como el pastor se ocupa de su rebaño cuando está en medio de sus ovejas dispersas, así me ocuparé de mis ovejas y las libraré de todos los lugares donde se habían dispersado, en un día de nubes y tinieblas.

Yo mismo apacentaré a mis ovejas y las llevaré a descansar -oráculo del Señor-. Buscaré a la oveja perdida, haré volver a la descarriada, vendaré a la herida y curaré a la enferma, pero exterminaré a la que está gorda y robusta. Yo las apacentaré con justicia.

En cuanto a ustedes, ovejas de mi rebaño, así habla el Señor: «Yo voy a juzgar entre oveja y oveja, entre carneros y chivos».

Palabra de Dios.

SALMO Sal 22, 1-3. 5-6

R. *El Señor es mi pastor, nada me puede faltar.*

El Señor es mi pastor, nada me puede faltar.

Él me hace descansar en verdes praderas.

Me conduce a las aguas tranquilas y repara mis fuerzas;

me guía por el recto sendero, por amor de su Nombre. **R.**

Tú preparas ante mí una mesa,
frente a mis enemigos;
unges con óleo mi cabeza
y mi copa rebosa. **R.**

Tu bondad y tu gracia me acompañan
a lo largo de mi vida;
y habitaré en la Casa del Señor,
por muy largo tiempo. **R.**

*Entregará el Reino a Dios, el Padre,
a fin de que Dios sea todo en todos*

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Corinto 15, 20-26. 28

Hermanos:

Cristo resucitó de entre los muertos, el primero de todos. Porque la muerte vino al mundo por medio de un hombre, y también por medio de un hombre viene la resurrección.

En efecto, así como todos mueren en Adán, así también todos revivirán en Cristo, cada uno según el orden que le corresponde: Cristo, el primero de todos, luego, aquellos que estén unidos a Él en el momento de su Venida.

En seguida vendrá el fin, cuando Cristo entregue el Reino a Dios, el Padre, después de haber aniquilado todo Principado, Dominio y Poder. Porque es necesario que Cristo reine hasta que ponga a todos los enemigos debajo de sus pies. El último enemigo que será vencido es la muerte.

Y cuando el universo entero le sea sometido, el mismo Hijo se someterá también a aquel que le sometió todas las cosas, a fin de que Dios sea todo en todos.

Palabra de Dios.

ALELUIA Mc 11, 9. 10

Aleluia.

¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

¡Bendito sea el Reino que ya viene,
el Reino de nuestro padre David!

Aleluia.

EVANGELIO

Se sentará en su trono glorioso y separará a unos de otros

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo 25, 31-46

Jesús dijo a sus discípulos:

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria rodeado de todos los ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones serán reunidas en su presencia, y Él separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá a aquellas a su derecha y a estos a su izquierda.

Entonces el Rey dirá a los que tenga a su derecha: «Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver».

Los justos le responderán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?»

Y el Rey les responderá: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo

hicieron conmigo».

Luego dirá a los de su izquierda: «Aléjense de mí, malditos; vayan al fuego eterno que fue preparado para el demonio y sus ángeles, porque tuve hambre, y ustedes no me dieron de comer; tuve sed, y no me dieron de beber; estaba de paso, y no me alojaron; desnudo, y no me vistieron; enfermo y preso, y no me visitaron»

Éstos, a su vez, le preguntarán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, de paso o desnudo, enfermo o preso, y no te hemos socorrido?»

Y Él les responderá: «Les aseguro que cada vez que no lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron conmigo».

Éstos irán al castigo eterno, y los justos a la Vida eterna».

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO, REY UNIVERSAL Domingo XXXIV- 26 de noviembre 2017- Ciclo A

Entrada: En esta Santa Misa celebramos a Cristo Rey del Universo. En El confluyen todos los misterios de nuestra Salvación. Participemos agradecidos de recibir en la Eucaristía a este Rey de amor.

Liturgia de la Palabra

1ª Lectura:

Ez 34, 11-12. 15-17

Con solicitud de Pastor busca el Señor a los hombres dispersos y alejados de Dios por el pecado.

Salmo Responsorial: 22

2ª Lectura:

1 Co 15, 20-26. 28

Nuestro Señor, Rey de todo el universo, se someterá también a aquel que le sometió todas las cosas, y así Dios será todo en todos.

Evangelio:

Mt 25, 31-46

En el día del Juicio universal Cristo Rey nos juzgará según el amor con que hayamos amado a nuestro prójimo.

Preces:

Unámonos en la oración común a nuestro Padre que ha puesto a su derecha a Jesucristo, Rey de reyes.

A cada intención respondemos cantando:

- Por la Iglesia católica extendida en todo el orbe, para que proclame fiel y gozosa su pertenencia a tan sublime Rey, y lo sepa manifestar con una vida digna y coherente según el Evangelio. Oremos.
- Para que Cristo, Rey de la paz, conceda este don a los pueblos y a las almas sacudidas por el flagelo de la guerra y peor aún por la esclavitud del pecado, para que dejándose salvar por El, puedan alcanzar el reino de los cielos. Oremos.
- Para que en todos los corazones y pueblos reine Cristo, solo y siempre Cristo y así se establezca la paz y la unidad entre los hombres. Oremos.
- Por todos los que se encomiendan a nuestras oraciones y apostolados, para que se vean consolados por nuestra solicitud cristiana y así se acerquen más a Dios y sus sacramentos. Oremos.

Padre de Cielo, que nos libraste del poder de las tinieblas; danos lo que necesitamos para encaminarnos hacia Jesucristo, por quien y para quien es toda la creación Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Liturgia Eucarística

Ofertorio:

Presentamos:

- * **incienso** y con él nuestra alabanza a Aquel a quien bendicen todas las naciones.
- * **Pan y vino**, que serán el Cuerpo y la Sangre de Cristo, Rey que pacificó todas las cosas por su Cruz.

Comunión: Jesús, Rey de amor, haz que por esta santa comunión te siga fielmente en las penas de esta vida para poder reinar contigo en la gloria.

Salida:

Después de haber participado de los sagrados misterios del Cuerpo y Sangre de Cristo vayamos al mundo con alegría y confianza para predicar la Buena Noticia: Cristo, el Señor, es nuestro rey de amor.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Directorio Homilético

Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo

CEC 440, 446-451, 668-672, 783, 786, 908, 2105, 2628: Cristo, Señor y Rey

CEC 678-679, 1001, 1038-1041: Cristo juez

CEC 2816-2821: "Venga tu Reino"

440 Jesús acogió la confesión de fe de Pedro que le reconocía como el Mesías anunciándole la próxima pasión del Hijo del Hombre (cf. Mt 16, 23). Reveló el auténtico contenido de su realeza mesiánica en la identidad trascendente del Hijo del Hombre "que ha bajado del cielo" (Jn 3, 13; cf. Jn 6, 62; Dn 7, 13) a la vez que en su misión redentora como Siervo sufriente: "el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 20, 28; cf. Is 53, 10-12). Por esta razón el verdadero sentido de su realeza no se ha manifestado más que desde lo alto de la Cruz (cf. Jn 19, 19-22; Lc 23, 39-43). Solamente después de su resurrección su realeza mesiánica podrá ser proclamada por Pedro ante el pueblo de Dios: "Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (Hch 2, 36).

IV SEÑOR

446 En la traducción griega de los libros del Antiguo Testamento, el nombre inefable con el cual Dios se reveló a Moisés (cf. Ex 3, 14), YHWH, es traducido por "Kyrios" ["Señor"]. Señor se convierte desde entonces en el nombre más habitual para designar la divinidad misma del Dios de Israel. El Nuevo Testamento utiliza en este sentido fuerte el título "Señor" para el Padre, pero lo emplea también, y aquí está la novedad, para Jesús reconociéndolo como Dios (cf. 1 Co 2,8).

447 El mismo Jesús se atribuye de forma velada este título cuando discute con los fariseos sobre el sentido del Salmo 109 (cf. Mt 22, 41-46; cf. también Hch 2, 34-36; Hb 1, 13), pero también de manera explícita al dirigirse a sus apóstoles (cf. Jn 13, 13). A lo largo de toda su vida pública sus actos de dominio sobre la

naturaleza, sobre las enfermedades, sobre los demonios, sobre la muerte y el pecado, demostraban su soberanía divina.

- 448 Con mucha frecuencia, en los Evangelios, hay personas que se dirigen a Jesús llamándole "Señor". Este título expresa el respeto y la confianza de los que se acercan a Jesús y esperan de él socorro y curación (cf. Mt 8, 2; 14, 30; 15, 22, etc.). Bajo la moción del Espíritu Santo, expresa el reconocimiento del misterio divino de Jesús (cf. Lc 1, 43; 2, 11). En el encuentro con Jesús resucitado, se convierte en adoración: "Señor mío y Dios mío" (Jn 20, 28). Entonces toma una connotación de amor y de afecto que quedará como propio de la tradición cristiana: "¡Es el Señor!" (Jn 21, 7).
- 449 Atribuyendo a Jesús el título divino de Señor, las primeras confesiones de fe de la Iglesia afirman desde el principio (cf. Hch 2, 34-36) que el poder, el honor y la gloria debidos a Dios Padre convienen también a Jesús (cf. Rm 9, 5; Tt 2, 13; Ap 5, 13) porque el es de "condición divina" (Flp 2, 6) y el Padre manifestó esta soberanía de Jesús resucitándolo de entre los muertos y exaltándolo a su gloria (cf. Rm 10, 9; 1 Co 12, 3; Flp 2, 11).
- 450 Desde el comienzo de la historia cristiana, la afirmación del señorío de Jesús sobre el mundo y sobre la historia (cf. Ap 11, 15) significa también reconocer que el hombre no debe someter su libertad personal, de modo absoluto, a ningún poder terrenal sino sólo a Dios Padre y al Señor Jesucristo: César no es el "Señor" (cf. Mc 12, 17; Hch 5, 29). " La Iglesia cree.. que la clave, el centro y el fin de toda historia humana se encuentra en su Señor y Maestro" (GS 10, 2; cf. 45, 2).
- 451 La oración cristiana está marcada por el título "Señor", ya sea en la invitación a la oración "el Señor esté con vosotros", o en su conclusión "por Jesucristo nuestro Señor" o incluso en la exclamación llena de confianza y de esperanza: "Maran atha" ("¡el Señor viene!") o "Maran atha" ("¡Ven, Señor!") (1 Co 16, 22): "¡Amén! ¡ven, Señor Jesús!" (Ap 22, 20).

Artículo 7 "DESDE ALLI HA DE VENIR A JUZGAR A VIVOS Y MUERTOS"

I VOLVERA EN GLORIA

Cristo reina ya mediante la Iglesia ...

- 668 "Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos" (Rm 14, 9). La Ascensión de Cristo al Cielo significa su participación, en su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: Posee todo poder en los cielos y en la tierra. El está "por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación" porque el Padre "bajo sus pies sometió todas las cosas"(Ef 1, 20-22). Cristo es el Señor del cosmos (cf. Ef 4, 10; 1 Co 15, 24. 27-28) y de la historia. En él, la historia de la humanidad e incluso toda la Creación encuentran su recapitulación (Ef 1, 10), su cumplimiento trascendente.
- 669 Como Señor, Cristo es también la cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo (cf. Ef 1, 22). Elevado al cielo y glorificado, habiendo cumplido así su misión, permanece en la tierra en su Iglesia. La Redención es la fuente de la autoridad que Cristo, en virtud del Espíritu Santo, ejerce sobre la Iglesia (cf. Ef 4, 11-13). "La Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio", "constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra" (LG 3;5).
- 670 Desde la Ascensión, el designio de Dios ha entrado en su consumación. Estamos ya en la "última hora" (1 Jn 2, 18; cf. 1 P 4, 7). "El final de la historia ha llegado ya a nosotros y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable e incluso de alguna manera real está ya por anticipado en este mundo. La

Iglesia, en efecto, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta" (LG 48). El Reino de Cristo manifiesta ya su presencia por los signos milagrosos (cf. Mc 16, 17-18) que acompañan a su anuncio por la Iglesia (cf. Mc 16, 20).

... esperando que todo le sea sometido

- 671 El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado "con gran poder y gloria" (Lc 21, 27; cf. Mt 25, 31) con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (cf. 2 Te 2, 7) a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (cf. 1 Co 15, 28), y "mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios" (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Co 11, 26), que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 P 3, 11-12) cuando suplican: "Ven, Señor Jesús" (cf. 1 Co 16, 22; Ap 22, 17-20).
- 672 Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel (cf. Hch 1, 6-7) que, según los profetas (cf. Is 11, 1-9), debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz. El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio (cf. Hch 1, 8), pero es también un tiempo marcado todavía por la "tristeza" (1 Co 7, 26) y la prueba del mal (cf. Ef 5, 16) que afecta también a la Iglesia (cf. 1 P 4, 17) e inaugura los combates de los últimos días (1 Jn 2, 18; 4, 3; 1 Tm 4, 1). Es un tiempo de espera y de vigilia (cf. Mt 25, 1-13; Mc 13, 33-37).

Un pueblo sacerdotal, profético y real

- 783 Jesucristo es aquél a quien el Padre ha ungido con el Espíritu Santo y lo ha constituido "Sacerdote, Profeta y Rey". Todo el Pueblo de Dios participa de estas tres funciones de Cristo y tiene las responsabilidades de misión y de servicio que se derivan de ellas (cf. RH 18-21).

-
- 786 El Pueblo de Dios participa, por último, en la función regia de Cristo". Cristo ejerce su realeza atrayendo a sí a todos los hombres por su muerte y su resurrección (cf. Jn 12, 32). Cristo, Rey y Señor del universo, se hizo el servidor de todos, no habiendo "venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos" (Mt 20, 28). Para el cristiano, "servir es reinar" (LG 36), particularmente "en los pobres y en los que sufren" donde descubre "la imagen de su Fundador pobre y sufriente" (LG 8). El pueblo de Dios realiza su "dignidad regia" viviendo conforme a esta vocación de servir con Cristo.

De todos los que han nacido de nuevo en Cristo, el signo de la cruz hace reyes, la unción del Espíritu Santo los consagra como sacerdotes, a fin de que, puesto aparte el servicio particular de nuestro ministerio, todos los cristianos espirituales y que usan de su razón se reconozcan miembros de esta raza de reyes y participantes de la función sacerdotal. ¿Qué hay, en efecto, más regio para un alma que gobernar su cuerpo en la sumisión a Dios? Y ¿qué hay más sacerdotal que consagrar a Dios una conciencia pura y ofrecer en el altar de su corazón las víctimas sin mancha de la piedad? (San León Magno, serm. 4, 1).

Su participación en la misión real de Cristo

908 Por su obediencia hasta la muerte (cf. Flp 2, 8-9), Cristo ha comunicado a sus discípulos el don de la libertad regia, "para que vencieran en sí mismos, con la apropiada renuncia y una vida santa, al reino del pecado" (LG 36).

El que somete su propio cuerpo y domina su alma, sin dejarse llevar por las pasiones es dueño de sí mismo: Se puede llamar rey porque es capaz de gobernar su propia persona; Es libre e independiente y no se deja cautivar por una esclavitud culpable (San Ambrosio, Psal. 118, 14, 30: PL 15, 1403A).

2105. El deber de dar a Dios un culto auténtico corresponde al hombre individual y socialmente. Esa es "la doctrina tradicional católica sobre el deber moral de los hombres y de las sociedades respecto a la religión verdadera y a la única Iglesia de Cristo" (DH 1). Al evangelizar sin cesar a los hombres, la Iglesia trabaja para que puedan "informar con el espíritu cristiano el pensamiento y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en la que cada uno vive" (AA 13). Deber social de los cristianos es respetar y suscitar en cada hombre el amor de la verdad y del bien. Les exige dar a conocer el culto de la única verdadera religión, que subsiste en la Iglesia católica y apostólica (cf DH 1). Los cristianos son llamados a ser la luz del mundo (cf AA 13). La Iglesia manifiesta así la realeza de Cristo sobre toda la creación y, en particular, sobre las sociedades humanas (cf León XIII, enc. "Inmortale Dei"; Pío XI "Quas primas").

2628 La adoración es la primera actitud del hombre que se reconoce criatura ante su Creador. Exalta la grandeza del Señor que nos ha hecho (cf Sal 95, 1-6) y la omnipotencia del Salvador que nos libera del mal. Es la acción de humillarse ante el espíritu ante el "Rey de la gloria" (Sal 14, 9-10) y el silencio respetuoso en presencia de Dios "siempre mayor" (S. Agustín, Sal. 62, 16). La adoración de Dios tres veces santo y soberanamente amable nos llena de humildad y da seguridad a nuestras súplicas.

II PARA JUZGAR A VIVOS Y MUERTOS

678 Siguiendo a los profetas (cf. Dn 7, 10; Joel 3, 4; Ml 3,19) y a Juan Bautista (cf. Mt 3, 7-12), Jesús anunció en su predicación el Juicio del último Día. Entonces, se pondrán a la luz la conducta de cada uno (cf. Mc 12, 38-40) y el secreto de los corazones (cf. Lc 12, 1-3; Jn 3, 20-21; Rm 2, 16; 1 Co 4, 5). Entonces será condenada la incredulidad culpable que ha tenido en nada la gracia ofrecida por Dios (cf Mt 11, 20-24; 12, 41-42). La actitud con respecto al prójimo revelará la acogida o el rechazo de la gracia y del amor divino (cf. Mt 5, 22; 7, 1-5). Jesús dirá en el último día: "Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25, 40).

679 Cristo es Señor de la vida eterna. El pleno derecho de juzgar definitivamente las obras y los corazones de los hombres pertenece a Cristo como Redentor del mundo. "Adquirió" este derecho por su Cruz. El Padre también ha entregado "todo juicio al Hijo" (Jn 5, 22; cf. Jn 5, 27; Mt 25, 31; Hch 10, 42; 17, 31; 2 Tm 4, 1). Pues bien, el Hijo no ha venido para juzgar sino para salvar (cf. Jn 3,17) y para dar la vida que hay en él (cf. Jn 5, 26). Es por el rechazo de la gracia en esta vida por lo que cada uno se juzga ya a sí mismo (cf. Jn 3, 18; 12, 48); es retribuido según sus obras (cf. 1 Co 3, 12- 15) y puede incluso condenarse eternamente al rechazar el Espíritu de amor (cf. Mt 12, 32; Hb 6, 4-6; 10, 26-31).

1001 ¿Cuándo? Sin duda en el "último día" (Jn 6, 39-40. 44. 54; 11, 24); "al fin del mundo" (LG 48). En efecto, la resurrección de los muertos está íntimamente asociada a la Parusía de Cristo:

El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar (1 Ts 4, 16).

V EL JUICIO FINAL

1038 La resurrección de todos los muertos, "de los justos y de los pecadores" (Hch 24, 15), precederá al Juicio final. Esta será "la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación" (Jn 5, 28-29). Entonces, Cristo vendrá "en su gloria acompañado de todos sus ángeles,... Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a su izquierda... E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna." (Mt 25, 31. 32. 46).

1039 Frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios (cf. Jn 12, 49). El Juicio final revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena:

Todo el mal que hacen los malos se registra - y ellos no lo saben. El día en que "Dios no se callará" (Sal 50, 3) ... Se volverá hacia los malos: "Yo había colocado sobre la tierra, dirá El, a mis pobrecitos para vosotros. Yo, su cabeza, gobernaba en el cielo a la derecha de mi Padre -pero en la tierra mis miembros tenían hambre. Si hubierais dado a mis miembros algo, eso habría subido hasta la cabeza. Cuando coloqué a mis pequeñuelos en la tierra, los constituí comisionados vuestros para llevar vuestras buenas obras a mi tesoro: como no habéis depositado nada en sus manos, no poseéis nada en Mí" (San Agustín, serm. 18, 4, 4).

1040 El Juicio final sucederá cuando vuelva Cristo glorioso. Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar; sólo El decidirá su advenimiento. Entonces, El pronunciará por medio de su Hijo Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que Su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último. El juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte (cf. Ct 8, 6).

1041 El mensaje del Juicio final llama a la conversión mientras Dios da a los hombres todavía "el tiempo favorable, el tiempo de salvación" (2 Co 6, 2). Inspira el santo temor de Dios. Compromete para la justicia del Reino de Dios. Anuncia la "bienaventurada esperanza" (Tt 2, 13) de la vuelta del Señor que "vendrá para ser glorificado en sus santos y admirado en todos los que hayan creído" (2 Ts 1, 10).

II VENGA A NOSOTROS TU REINO

2816 En el Nuevo Testamento, la palabra "basileia" se puede traducir por realeza (nombre abstracto), reino (nombre concreto) o reinado (de reinar, nombre de acción). El Reino de Dios está ante nosotros. Se aproxima en el Verbo encarnado, se anuncia a través de todo el Evangelio, llega en la muerte y la Resurrección de Cristo. El Reino de Dios adviene en la Última Cena y por la Eucaristía está entre nosotros. El Reino de Dios llegará en la gloria cuando Jesucristo lo devuelva a su Padre:

Incluso puede ser que el Reino de Dios signifique Cristo en persona, al cual llamamos con nuestras voces todos los días y de quien queremos apresurar su advenimiento por nuestra espera. Como es nuestra Resurrección porque resucitamos en él, puede ser también el Reino de Dios porque en él reinaremos (San Cipriano, Dom. orat. 13).

2817 Esta petición es el "Marana Tha", el grito del Espíritu y de la Esposa: "Ven, Señor Jesús":

Incluso aunque esta oración no nos hubiera mandado pedir el advenimiento del Reino, habríamos tenido que expresar esta petición, dirigiéndonos con premura a la meta de nuestras esperanzas. Las almas de los mártires, bajo el altar, invocan al Señor con grandes gritos: '¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia por nuestra sangre a los habitantes de la tierra?' (Ap 6, 10). En efecto, los mártires deben alcanzar la justicia al fin de los tiempos. Señor, ¡apresura, pues, la venida de tu Reino! (Tertuliano, or. 5).

2818 En la oración del Señor, se trata principalmente de la venida final del Reino de Dios por medio del retorno de Cristo (cf Tt 2, 13). Pero este deseo no distrae a la Iglesia de su misión en este mundo, más bien la compromete. Porque desde Pentecostés, la venida del Reino es obra del Espíritu del Señor "a fin de santificar todas las cosas llevando a plenitud su obra en el mundo" (MR, plegaria eucarística IV).

2819 "El Reino de Dios es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rm 14, 17). Los últimos tiempos en los que estamos son los de la efusión del Espíritu Santo. Desde entonces está entablado un combate decisivo entre "la carne" y el Espíritu (cf Ga 5, 16-25):

Solo un corazón puro puede decir con seguridad: '¡Venga a nosotros tu Reino!'. Es necesario haber estado en la escuela de Pablo para decir: 'Que el pecado no reine ya en nuestro cuerpo mortal' (Rm 6, 12). El que se conserva puro en sus acciones, sus pensamientos y sus palabras, puede decir a Dios: '¡Venga tu Reino!' (San Cirilo de Jerusalén, catech. myst. 5, 13).

2820 Discerniendo según el Espíritu, los cristianos deben distinguir entre el crecimiento del Reino de Dios y el progreso de la cultura y la promoción de la sociedad en las que están implicados. Esta distinción no es una separación. La vocación del hombre a la vida eterna no suprime sino que refuerza su deber de poner en práctica las energías y los medios recibidos del Creador para servir en este mundo a la justicia y a la paz (cf GS 22; 32; 39; 45; EN 31).

2821 Esta petición está sostenida y escuchada en la oración de Jesús (cf Jn 17, 17-20), presente y eficaz en la Eucaristía; su fruto es la vida nueva según las Bienaventuranzas (cf Mt 5, 13-16; 6, 24; 7, 12-13).

2. EXÉGESIS

El juicio del Hijo del hombre

Doctrina sobre el juicio de las naciones (Mt 25,31-46)

31 Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria. 32 Todas las naciones serán congregadas ante él, y él separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. 33 Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda.

Ahora viene la conclusión del gran discurso sobre el fin del mundo. No es una parábola, ni tampoco una exhortación profética a convertirse, ni una amenaza profética de castigo, no es una descripción horripilante de lo que sucederá en la renovación del mundo. Antes bien este fragmento es un compendio de la doctrina y de la reclamación de todo el Evangelio en vista del juicio. Habla del juez y de los que son juzgados. En la figura de Jesús, el Mesías juez, culmina la confesión que la Iglesia hace de su fe en Cristo. Aquí se manifiesta de una forma terminante por quién hay que tenerle. Su persona y su mensaje obtienen en esta hora su confirmación inapelable. Los que son juzgados también llegan a conocer por esta escena la verdad auténtica sobre sí mismos. Lo que el Evangelio dijo hasta ahora acerca de los hombres y lo que de ellos reclamó, aquí se sella de modo definitivo. Jesús no sólo era el Mesías de Israel sino el redentor de todas las naciones. No viene como Mesías

glorioso para los judíos, como ellos creían, ni para los cristianos, de acuerdo con su expectativa, sino como aquel a quien han esperado todas las naciones y que las reunirá a todas.

Dos imágenes del Mesías se transfunden una en la otra: la del Hijo del hombre que aparece revestido de poder y la del pastor. Antes se dijo con lenguaje paradójico que el Hijo del hombre tiene que ser entregado y muerto (17,22s; 20,18). Ahora viene el Hijo del hombre en su gloria con todos los ángeles y se sienta en el trono. Como pastor, ha ido a buscar a todas partes las ovejas perdidas de la casa de Israel, pero en vano: ellas no han querido (23,37). Ahora bien, se trata de un pastor rebosante de poder. Ya no es el buscador humilde que sigue, incansable, la oveja perdida, hasta que la tenga puesta a salvo, el que se hace cargo de los pecadores, de los pobres y de los que gimen bajo el peso de la vida. Ahora es el pastor regio, como se dijo de los grandes reyes orientales y como ha contemplado el vidente de Patmos: «Ha de regir a todas las naciones con vara de hierro» ([Rev 12:5](#)). Esto es lo que ocurre ahora. Con una larga vara de pastor, que tiene la punta de hierro, el pastor divide el rebaño en cabritos y ovejas. El Hijo del hombre como pastor regio ejerce este cargo que Dios le transmitió. Porque el Padre le ha «dado todo poder en el cielo y en la tierra» ([Mt 28:18](#)).

34 Entonces dirá el rey a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre; tomad en herencia el reino que para vosotros está preparado desde la creación del mundo. 35 Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me hospedasteis; 36 estaba desnudo, y me vestisteis; caí enfermo, y me visitasteis; estaba en la cárcel, y fuisteis a verme. 37 Entonces le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, o sediento, y te dimos de beber? 38 ¿Cuándo te vimos forastero, y te hospedamos, o desnudo, y te vestimos? 39 ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte? 40 Y respondiendo el rey les dirá: Os lo aseguro: todo lo que hicisteis con uno de estos hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis.

A la imagen del Hijo del hombre y del pastor se añade como tercera la del rey. Jesús respondió afirmativamente la pregunta de si era el rey de los judíos (27,11). Pero este reino permanecía oculto. Sólo fue dado a conocer públicamente por medio de la inscripción de la cruz (27,37). Esta inscripción no indujo a los que la leyeron a doblar su rodilla como homenaje, sino a burlarse de él (27,42). Se le colocó como manto real un raído manto de púrpura, como cetro se le puso en la mano una caña, como diadema se le ciñó una corona de espinas (27,27-31). Pero ahora se manifiesta este reino del Mesías: «Y sobre el manto y sobre el muslo lleva escrito un nombre: Rey de reyes y Señor de señores» ([Rev 19:16](#)). Desde el principio del mundo el reino de Dios está preparado. Este gran objetivo de Dios fue frustrado por toda la culpa del hombre y por todo el desconcierto de la historia. El reino de Dios siempre estuvo dispuesto. Los perfectos deben participar del festín de su señor ([Rev 25:21](#)). Deben tomar este reino en posesión como herencia propia que les ha sido confiada. Uno ya se hizo cargo de esta herencia en el punto central de la historia, cuando fue resucitado de la muerte y constituido heredero universal. No sólo para alegrarse y disfrutar de la herencia, sino como primogénito entre muchos hermanos ([Rom 8:29](#)). Éste vino a ser nuestro hermano con la forma terrena de la vida humana, y también quiere serlo con la forma celestial de la vida divina. Y si somos «hijos, también herederos: herederos de Dios, y coherederos de Cristo» ([Rom 8:17](#))... Entre los discípulos ya estaba en vigor la regla que Jesús había establecido: «Quien a vosotros recibe, a mí me recibe; y quien a mí me recibe, recibe a aquel que me envió» ([Rom 10:40](#)), y «quien acoge en mi nombre a un niño como éste, es a mí a quien acoge» ([Rom 18:5](#)). Lo que uno ha hecho a otro, especialmente a un pobre o necesitado de ayuda -como un niño- por amor de Jesús, lo ha hecho a él mismo. Cada uno ha sido hermano de Cristo. Ya no tiene importancia conocer si lo sabía o no lo sabía, si quería o no quería servir en él a Cristo. Al fin se manifiesta que todo servicio del amor fue servicio al gran hermano Cristo. Las obras que el juez enumera, son obras corrientes de misericordia. Los escribas judíos han tenido un gran aprecio de ellas y son ejercitadas en todos los pueblos. Pero los cristianos saben especialmente que su excelsa fe tiene que repercutir en estas obras sencillas. En la práctica esta sencillez está con bastante frecuencia en oposición a las excelsas palabras de la fe. La fe excelsa está vacía y es reprobada, si no puede hacerse tan pequeña, que entienda que está al servicio de los más pequeños.

41 Entonces dirá también el rey a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles. 42 Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me

disteis de beber; 43 era forastero, y no me hospedasteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. 44 Entonces también éstos replicarán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? 45 Entonces él les responderá: Os lo aseguro: todo lo que dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, conmigo lo dejasteis de hacer. 46 Y aquéllos irán a un castigo eterno, pero los justos a una vida eterna.

El mismo diálogo de antes se repite entre los que están a la izquierda y el rey juez. Ellos también han visto, pero no han obrado. La indigencia de los hombres no les ha conmovido, no les ha impulsado a ayudarlos. Pero ahora solamente vale lo que cada uno realmente ha hecho y no lo que ha pensado. No bastan la queja, el sentimiento ni la compasión por los que padecen indigencia, sino que es preciso poner manos a la obra y ayudar. Asombrados preguntan cuándo ha ocurrido que le hayan visto. En esta pregunta asombrada resuena el pensamiento de que seguramente le hubiesen servido al instante, si le hubiesen reconocido, así como Leví le agasajó en su casa o como hicieron María y Marta. No sabían que Jesús se oculta en los más pequeños, no sabían que hay que encontrarle y «verle» efectivamente en ellos. Creían que el amor a Cristo y el amor a los hombres son dos cosas distintas, y no una misma cosa. Han contemplado a su Señor, quizás eran piadosos y han rezado mucho, pero han hecho caso omiso del hombre que tenían a su lado. Ahora se descubre esta perniciosa bifurcación de su pensamiento. Por desgracia es demasiado tarde, porque ya no puede repararse nada de este servicio. Lo que fue rehusado a los hombres, también fue rehusado a Jesús. Sólo basta hacer de veras la voluntad del Padre (7,21).

(**TRILLING, W.**, *El Evangelio según San Mateo*, en *El Nuevo Testamento y su mensaje*, Herder, Barcelona, 1969)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

P. Dr. Julio Meinvielle

La Realeza de Cristo y el momento actual

Nuestro tema es "La realeza de Cristo y el momento actual", tema que nos obliga a tomar partida de esa verdad que es la realeza de Cristo. Ustedes saben que la fiesta de la realeza de Cristo fue instituida por Pío XI allá por el año 1925, y el documento que publicó entonces sobre esta fiesta, la encíclica "Quas Primas", comenzaba en esta forma: «En la primera encíclica que dirigimos una vez ascendidos al Pontificado, a todos los Obispos del Orbe católico, mientras indagábamos las causas principales de las calamidades que oprimían y angustiaban al género humano, recordamos haber dicho claramente que tan grande inundación de males se extendía por todo el mundo, porque la mayor parte de los hombres se habían alejado de Cristo y de su santa ley en la práctica de su vida, en la familia y en las cosas publicas; y que no podía haber esperanza cierta de paz duradera entre los pueblos, mientras los individuos y las naciones negasen y renegasen el imperio de Cristo Salvador».

Después explica el remedio: la vuelta a Cristo y su paz. "Por lo tanto, como advertimos entonces, es necesario buscar la paz de Cristo en el reino de Cristo. Así anunciamos también que había de ser este fin cuanto nos fuese posible por el reino de Cristo, porque nos parecía que no se puede tender más eficazmente a la renovación y afianzamiento de la paz, sino mediante la restauración del Reino de Nuestro Señor".

De modo que el Papa ya señalaba aquí el mal y señalaba el remedio; y el remedio de la sociedad y de los individuos hoy, esta en el sometimiento al suave yugo de Cristo: Sometimiento en la inteligencia, sometimiento en la voluntad y sometimiento en los corazones por la caridad. De tal modo, en efecto, se dice que Cristo debe reinar en la inteligencia de los hombres, no solo con la elevación del pensamiento y de su ciencia, sino también porque Él es la Verdad, y es necesario que los hombres reciban con obediencia la Verdad de Él. Igualmente reina en la voluntad de los hombres, ya porque la voluntad está entera, perfectamente sometida a la santa

voluntad divina, ya porque con sus aspiraciones influye en nuestra voluntad, de tal modo que nos inflama hacia las cosas más nobles. Finalmente, Cristo es reconocido como rey de los corazones por su caridad, que sobrepasa a todo lo humano en comprensión, y por los atractivos de su mansedumbre y virilidad. Nadie entre los hombres fue tan amado, y no lo será nunca, como Jesucristo.

Ustedes saben que Cristo es rey por dos conceptos. En primer lugar, por razón de su humanidad, que ha sido asumida por el Verbo, por la Divinidad. Esa humanidad de Cristo goza, por lo tanto de una perfección que sobrepasa todo lo que el hombre puede imaginar. En segundo lugar, Cristo es Rey de los hombres por el derecho de conquista, porque con su pasión y con su muerte ha conquistado el derecho de regir a la humanidad; y en Cristo este reinado tiene tres poderes: Poder de legislar, poder de juzgar y poder de mandar, poderes que transmitió a su Iglesia.

El reinado de Cristo no se extiende solamente sobre los individuos, sino también sobre la sociedad. Esto también lo hace notar Pío XI en la "Quas Primas": «No hay diferencia entre los individuos y el consorcio civil, porque los individuos unidos en sociedad, no por eso, están menos bajo la potestad de Cristo que lo están cada uno de ellos en la sociedad pública y privada. Y no hay salvación en algún otro, ni ha sido dado del cielo a los hombres otro nombre en el cual podamos salvarnos". Estas son las palabras de los Hechos de los Apóstoles, o sea, palabras de la Escritura. Cristo es el autor de la verdadera felicidad tanto para el mundo de los ciudadanos como para el Estado. No es feliz la ciudad por otra razón distinta de aquélla por la cual es feliz el hombre, porque la nación no es otra cosa que una multitud concorde de hombres. De modo, entonces, que el hombre tiene que reconocer el imperio de Cristo sobre los individuos, pero no solamente sobre los individuos, sino sobre la sociedad. Sobre las sociedades particulares, la familia, las distintas organizaciones intermedias, los Estados, las naciones y la vida internacional.

Esta realeza de Cristo se concretaba en otros tiempos en lo que se llamaba la Cristiandad, es decir, la civilización cristiana, el orden cristiano. La Cristiandad, en rigor, comienza con Constantino, después de la época de los mártires, y conoce su esplendor más grande en el reinado de San Luis, rey de Francia; un esplendor en todas las actividades de la vida, no solamente en la política, sino en todas las otras actividades; en el arte, con Fray Angélico, en la filosofía, con Santo Tomas; en fin, todas las manifestaciones de la cultura alcanzan su esplendor.

Todo esto que estoy diciendo suena a viejo hoy, porque dentro del mundo, y particularmente dentro de la Iglesia, nos ha invadido el progresismo, y entonces existe un repudio a Constantino y a la época constantiniana, a la época carolingia, a la época gregoriana. Estamos pasando un momento en el cual los mismos católicos están renegando de dos mil años de historia; repudian la época constantiniana, repudian la Cristiandad, la civilización cristiana. Son éstas, hoy, malas palabras.

A pesar de esto hay que reconocer y afirmar la grandeza de esa época histórica, y para eso nada mejor que recordar las palabras grandes de León XIII en la "Inmortale Dei": «Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados, entonces aquella civilización propia de la sabiduría de Cristo y de su divina virtud, había compenetrado todas las leyes, las inteligencias, las costumbres de los pueblos, impregnando todas las capas sociales y todas las manifestaciones de la vida de las naciones. Tiempo en que la Religión fundada en Jesucristo estaba firmemente colocada en el sitio que le correspondía en todas partes, gracias al favor de los príncipes y la legítima protección de los magistrados. Tiempos en que el sacerdocio y el poder civil unían armoniosamente la concordia y la amigable de mutuos deberes.»

Organizada de este modo la sociedad, produjo un bienestar superior a toda imaginación. Aún se conserva la memoria de ellos, y ella perdurará grabada en un sin número de monumentos de aquella gesta que ningún artificio de los adversarios podrá jamás destruir ni oscurecer. Si la Europa Cristiana civilizó a las naciones bárbaras e hizo cambiar la ferocidad por la mansedumbre, la superstición por la verdad; si rechazó victoriosa las invasiones de los bárbaros; si conservó el cetro de la civilización y si se ha acostumbrado a ser guía del mundo hacia la dignidad de la cultura humana y maestra de los demás; si ha agraciado a los pueblos

con la verdadera libertad en sus varias formas; si muy sobriamente ha creado numerosas obras para aliviar la desgracia de los hombres; ese beneficio se debe, sin discusión posible, a la religión, la cual auspició la realización de tamañas empresas y coadyuvó a llevarlas a cabo. Habrían perdurado ciertamente aún esos mismos beneficios, si ambas potestades hubiesen mantenido la concordia, y con razón mayores se podrían esperar si se acogiesen la autoridad, el magisterio y las orientaciones de la Iglesia con mayor lealtad y constancia. Las palabras que escribía Ivo de Chartres al Romano Pontífice Pascual II debían respetarse como norma perpetua: "Cuando el poder civil y el sacerdote viven en buena armonía, el mundo está bien gobernado, la Iglesia florece y prospera; pero cuando están en discordia no sólo no prosperan las cosas pequeñas, sino también las cosas grandes decaen miserablemente".

La Cristiandad produjo, entonces, una época en que reinaban la concordia, la estabilidad y la paz en las familias, en la sociedad y en la Cristiandad. Frente a esta sociedad gobernada por Jesucristo a través de la Iglesia, está la Revolución. La Revolución quiere otra sociedad, no una sociedad estabilizada en el orden y en la paz, sino una sociedad en movimiento, en cambio, en dialéctica.

La Revolución, en su esencia, representa la réplica exacta de la primera rebelión del hombre contra Dios, tal como ha sido relatada en el Génesis; ella toma por su cuenta la frase del tentador: "Seréis como dioses". Su apoyo, su soporte, es la filosofía del devenir puro que se opone radicalmente a la filosofía del Ser, la de Dios, que se presenta en el Antiguo Testamento como "Aquél que es el que es". La Revolución no puede ser considerada como una concepción bien definida del mundo, ya que ella quiere representar su devenir perpetuo; no hay propiamente verdad revolucionaria, sino solamente una cosa que quiere ser transformación del mundo, con el hombre en perpetuo movimiento. El hombre no es, el hombre se hace; el mundo no es, el mundo se crea; por lo tanto, no hay verdad ni falsedad, ni bien ni mal, se maneja con la dialéctica, la famosa dialéctica hegeliana, en la cual se pasa de la afirmación a negación, que se superan en la síntesis, y así anda dando el mundo un espiral sin llegar a la meta.

La Revolución es dialéctica, y con la dialéctica se destruye todo un mundo fundado en la Verdad, en el Ser, en la estabilidad; es decir, en el sometimiento del hombre a las leyes naturales y sobrenaturales, al derecho natural, a una concepción de que el hombre es un compuesto, que tiene una esencia, y que no hay que contrariar a esta esencia, sino que hay que respetarla. La Revolución no reconoce ni naturaleza ni sobrenaturaleza, y la revolución opera con la dialéctica en la destrucción de la Cristiandad, y esto lo viene haciendo no desde ahora, no desde el tiempo de Marx, ni desde Hegel, sino que lo viene haciendo desde que comenzó la Revolución hace cinco siglos.

La Iglesia, aunque su destino definitivo sea la vida futura, logró edificar aquí en la tierra una ciudad que, aunque imperfecta como todo lo humano, ostenta las condiciones esenciales para ser y denominarse católica. Pero una ciudad católica es una realización muy difícil que sólo puede darse milagrosamente bajo la acción de una providencia especial. El hombre ha quedado de tal suerte, herido en el estado que tiene en este mundo, en las facultades más naturales, que cuando se ordena naturalmente queda en estado de equilibrio inestable, muy difícil de mantener. Necesita de la Gracia para moverse en ese estado, gracia que se le da si la pide.

(...)

La festividad de Cristo Rey proclama la necesidad de que el mundo se someta a Jesucristo no solo como verdad religiosa sino como verdad política; proclama la necesidad absoluta para el hombre P creatura y pecador P de encontrar su salud total y temporal en Jesucristo, el Unigénito del Padre que ha tomado nuestra humanidad en el seno de la Virgen Madre. Sin Jesucristo el individuo, las naciones y el mundo marchan aceleradamente a la catástrofe. Sólo en Jesucristo tenemos la salud eterna y temporal. Nada más.

(MEINVIELLE, J., *La Realeza de Cristo y el momento actual*, Revista Verbo, nº 235, Agosto de 1983)

4. SANTOS PADRES

San Juan Crisóstomo

La importancia de la misericordia y la limosna

1. Escuchemos con fervor y con toda devoción este fragmento evangélico, dulcísimo que es, que nosotros no cesamos de meditar constantemente y con el que, muy razonablemente, ha terminado el Señor su discurso. ¡Cuánta importancia daba Él a la misericordia y a la limosna! De ahí que no sólo habló anteriormente de ella de modos diversos, sino que aquí también habla finalmente con más claridad y energía, no poniéndonos delante dos o tres o cinco personas, sino el orbe entero. Ciertamente que tampoco antes esas dos personas representaban simplemente dos personas, sino dos grandes porciones de la humanidad: una, los que desobedecen, y otra los que obedecen; mas aquí su palabra toma acentos más trágicos y brilla con más vivo resplandor. De ahí que ya no diga: *Se asemeja el reino de los cielos*, sino que Él mismo se nos muestra descubiertamente, diciendo: *Cuando viniere el Hijo del hombre en su gloria...* Porque ahora ha venido en deshonor, en injurias e ignominias; más entonces se sentará en el trono de su gloria. Y su gloria recuerda ahora continuamente. Es que como la cruz estaba tan cerca y la cruz parecía el suplicio más ignominioso, de ahí que trate Él de levantar a sus oyentes y les ponga ante los ojos el tribunal, y delante del tribunal a la tierra entera.

Y no es éste el modo único por el que da tono de espanto a su palabra, sino el hecho de mostrarnos vacíos los cielos. Porque todos los ángeles—dice—vendrán en su acompañamiento, y también ellos darán testimonio de cuanto sirvieron, enviados por el Señor, en la salvación de los hombres. De todos los modos ha de ser espantoso aquel día. Seguidamente: *Se reunirán—dice—todas las naciones*, es decir, todo el género humano. *Y separará los unos de los otros, como el pastor a sus ovejas*. Ahora no están los hombres separados, sino todos mezclados; más entonces se hará la separación con extremo cuidado. Y, por de pronto, por el lugar que cada porción ocupa, da el Señor a entender lo que son; luego, por los nombres que les pone manifiesta la diversa calidad, pues a unos los llama ovejas, y a los otros, cabritos. *Cabritos*, para indicar la inutilidad; *ovejas*, para significar el mucho provecho. Ninguna utilidad producen, en efecto, los cabritos; mucho provecho, en cambio, sacamos de las ovejas: la lana, la leche, las crías, de todo lo cual carece el cabrito.

Ahora bien, los animales tienen de la naturaleza ser inútiles o provechosos, más en los hombres depende de su libre albedrío. De ahí que en éstos, unos son castigados y otros premiados. Sin embargo, el Señor no los castiga, hasta haberse justificado ante ellos; de ahí que, después de colocarlos a la izquierda, les dirige sus acusaciones. Ellos le responden modestamente, pero ya no les sirve para nada. Y con mucha razón, pues descuidaron una cosa en que tanto empeño tiene el Señor. A la verdad, los profetas mismos no hacían sino repetirles en todos los tonos: *Misericordia quiero y no sacrificio*¹. Moisés, su legislador, por todos los medios, por obras, por palabras, trataba de inducirlos a la práctica de la misma misericordia. Y la misma naturaleza es maestra de esa virtud. Notad, empero, cómo ellos no faltan a una o dos de sus obras, sino a todas. Porque no sólo no dieron de comer al hambriento ni vistieron al desnudo, sino que ni siquiera visitaron al enfermo, con ser tan fácil. Y advertir también cuán ligeras cosas manda. Porque no dijo: "Estuve en la cárcel y me librasteis; enfermo, y me curasteis, sino: *Enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y me vinisteis a ver*. Ni siquiera en dar de comer al hambriento mandó nada pesado, pues no pretende que pongamos una mesa suntuosa, sino lo necesario para el sustento, y lo pretende con figura lastimera.

De suerte que por todos lados había motivos bastantes para castigarlos: la facilidad de dar lo que se les pedía, que era un pedazo de pan; lo lastimero del que se lo pedía, que era un mendigo; la misma compasión natural, pues era un hombre; lo precioso de la promesa, pues les había prometido el reino de los cielos; lo terrible del castigo, pues les había amenazado con el infierno; la dignidad del que recibía, pues era Dios quien por los pobres recibía; la excelencia del honor, pues se había Dios dignado descender tanto; lo justo de la donación

¹ Os 6, 6

misma, pues Dios recibía lo que era suyo. Mas la avaricia ciega de una vez a los que son víctimas de ella por más grave amenaza que pese sobre ellos.

Más arriba había dicho que quien no recibiera a los suyos sufriría más grave castigo que Sodoma y Gomorra. Y aquí: *En cuanto no lo hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis.* ¿Qué dices, Señor? ¿Son hermanos tuyos y los llamas pequeños? Por eso justamente son hermanos míos, porque son humildes, porque son mendigos, porque son desechados. Ésos son, en efecto: los desconocidos y desdenados, a quienes el Señor llama señaladamente a su hermandad. No digo solamente a los monjes y a los que se han ido a morar en las montañas, no. Aun cuando sea un hombre del mundo, si está hambriento, si va desnudo, si es peregrino, el Señor quiere que goce de todo ese cuidado, pues el bautismo y la participación de los sacramentos le ha hecho hermano suyo.

El premio de los misericordiosos

2. Por que veamos, por otro lado, la justicia de su sentencia contra quienes no practicaron la misericordia, el Señor alaba primeramente a los que hicieron las obras de ella, y les dice: *Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino que está para vosotros aparejado desde la constitución del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer, etc.* Porque no dijieran los réprobos: "Es que no teníamos", el Señor los condena con el ejemplo de sus compañeros, como había antes condenado a las vírgenes fatuas por el ejemplo de los prudentes y al siervo borracho y glotón, por el siervo fiel y discreto, y al que enterró su talento, por el que granjeó otros dos, y, en general, a los que pecan, por los que practican la virtud. Esta comparación se hace a veces de igual a igual, como en el caso de las vírgenes y aquí mismo; otras, a mayor abundamiento, como cuando dice el Señor: *Los hombres de Nínive se levantarán y condenarán a esta generación, porque ellos creyeron en la predicación de Jonás. Y aquí está el que es más que Jonás. Y la reina del mediodía condenará a esta generación, porque ella vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón. Y ahí está el que es más que Salomón*². Otra vez de igual a igual: *Ellos serán vuestros jueces*³. Y, a mayor abundamiento, dice Pablo: *¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? ¡Cuánto más lo temporal!*⁴ Aquí, en el juicio, el paralelo va también de igual a igual, pues se comparan ricos a ricos y pobres a pobres.

Mas no sólo muestra el Señor la justicia de su sentencia por el hecho de que otros en las mismas circunstancias habían hecho lo que los réprobos no hicieran, sino porque ni siquiera obedecieron en aquellas cosas en que la pobreza no era obstáculo alguno; por ejemplo, en dar de beber al sediento, en ir a ver a un encarcelado, en visitar a un enfermo.

Ya, pues, que ha alabado a quienes practicaron las obras de misericordia, muéstrales ahora cuán grande fue desde antiguo su amor para con ellos. Porque: *Venid—les dice—, benditos de mi Padre; heredad el reino que está aparejado para vosotros desde la constitución del mundo.* ¡Cuántos bienes no encierra ese nombre: ser benditos, y benditos de su Padre! ¿Y cómo se hicieron dignos de ese honor? ¿Cuál fue la causa de esa bendición? *Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber, y lo demás.* ¡Qué palabras tan llenas de honor y bienaventuranza! Y no dijo: "Tomad", sino: *Heredad*, como si se tratara de cosa familiar, de herencia paterna, de algo que es vuestro, de algo que de antiguo se os debía. Porque antes—parece decirles—de que vosotros nacierais, todo eso estaba preparado y dispuesto para vosotros, pues ya sabía yo que habíais de ser así.

¿Y a cambio de qué reciben el reino de los cielos? A cambio de haber dado un techo, a cambio de unos vestidos, de un pedazo de pan, de un vaso de agua, de la visita a un enfermo, de la entrada en una cárcel. Porque siempre se trata de socorrer una necesidad, si bien hay casos en que ni necesidad existe. Porque, como antes dije, ni el enfermo ni el encarcelado piden sólo que se los visite, sino éste que se le dé libertad, y el otro que se le cure de su enfermedad. Más el Señor, en su benignidad, sólo nos exige lo que está en nuestra mano o, por mejor decir, menos de lo que está en nuestra mano, dejando lo demás a nuestra generosidad.

² Mt 12, 41-42

³ Mt 12, 27

⁴ 1 Co 6, 3

Condenación de los que no practicaron misericordia

A los réprobos, empero, les dice: *Apartaos de mí, malditos*; ya no dice: *De mi Padre*, pues no fue el Padre quien los maldijo, sino sus propias obras; *al fuego eterno, que está aparejado*, no para vosotros, sino *para el diablo y sus ángeles*. Cuando habló del reino de los cielos, dijo: *Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino*, y luego prosiguió: *Que está aparejado para vosotros desde la constitución del mundo*; mas, hablando del fuego, no dice así, sino: *Que está preparado para el demonio*. Por mi parte, yo os había preparado el reino de los cielos; más el fuego, sólo para el diablo y sus ángeles, no para vosotros, estaba preparado. Mas, puesto que vosotros os habéis arrojado en él, a vosotros habéis de echaros la culpa.

Y no sólo así, con lo que luego sigue se defiende también el Señor ante ellos y les pone las causas de su sentencia: *Porque tuve hambre, y no me disteis de comer*. Aun cuando el que se acercaba a vosotros hubiera sido un enemigo, ¿no bastaban sus sufrimientos a conmover y doblegar al más cruel: el hambre, el frío, la cárcel, la desnudez, la enfermedad, el andar por doquiera errante al cielo raso? Bastante era todo eso para terminar con cualquier enemistad. Más vosotros no socorristeis ni a quien era vuestro amigo, vuestro bienhechor y señor. Muchas veces, al ver a un perro hambriento, nos conmovemos; a una fiera que contemplemos sufrir hambre, nos doblegamos. ¿Y viendo a tu Señor no te conmueves? ¿Qué defensa tienes en eso? Aun cuando ello solo fuera, ¿no sería bastante recompensa? No digo oír, en presencia del orbe entero, aquella palabra de bienaventuranza de boca del que está sentado en el trono de su Padre y alcanzar el reino de los cielos; no, la obra misma, digo, la obra misma, ¿no era ya en sí bastante galardón? Mas ahora, en presencia de toda la tierra y entre los esplendores de su gloria, Él te proclama y te corona, y confiesa que tú le alimentaste y acogiste, y no se avergüenza de confesarlo, a fin de brillantar más tu corona. De ahí que unos son castigados por justicia y otros son coronados por gracia. Porque, aun cuando hubieren hecho mil buenas obras, siempre será liberalidad de la gracia darles, a cambio de tan pequeños y pobres servicios, un cielo tan inmenso, tal reino y tal honor.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Obras de San Juan Crisóstomo, homilía 79, 1-2*, BAC Madrid 1956 (II), p. 565-71)

5. APLICACIÓN

P. José Marcón, IVE

La evangelización de la cultura

Lo que la Iglesia quiere expresar con la solemnidad de hoy, lo que la Iglesia quiere decir cuando dice que Cristo es rey es lo que hoy se ha dado en llamar, en una expresión maravillosa y exacta, la evangelización de la cultura. Hacer que Cristo reine en la sociedad no es otra cosa que evangelizar la cultura.

1. La transformación del hombre

La Palabra de Dios, viva y eficaz, está llamada a penetrar hasta los tuétanos del ser humano (cf. Heb 4,12). La unión de Dios con el hombre operada en la Persona del Verbo por su Encarnación expresa una voluntad muy firme de que todo hombre alcance la unión plena con Dios, dado que “el Hijo de Dios con su Encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre”⁵. La voluntad de Dios es que todo hombre, por su intensa unión con Cristo, llegue a ser “como una nueva encarnación del Verbo”, “como otra humanidad suya” de modo que el Padre no vea en los hombres “más que el Hijo amado”⁶. El hombre puede llegar a esto, y de

⁵ CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, nº 22.

⁶ S. ISABEL DE LA TRINIDAD, *Elevaciones*, n. 33.34.36

hecho lo hace cuando se injerta en Cristo a través del Bautismo y pasa a participar de la misma naturaleza del Verbo. Esta participación de la naturaleza divina (cf. 2Pe 1,4) se hace a través de la gracia santificante. Esta gracia santificante inhiere en la esencia del alma, en el principio fundante más profundo de la persona y la transforma totalmente, transfigurando simultáneamente sus potencias (la inteligencia y la voluntad) y hasta su misma realidad corporal.

Esta participación de la naturaleza divina por parte del hombre, cuando es profunda e intensa, no sólo transforma la esencia de su ser y sus facultades, sino que además es fuente de actitudes interiores y exteriores, que son modeladas por esa participación en la naturaleza divina. En aquel que ha sido ‘deificado’ por la gracia, toda su actitud como persona humana, todos sus hábitos y todo su comportamiento quedan profundamente mudados por ese contacto esencial con la misma naturaleza de Dios y con las Personas divinas, que “penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón” (Heb 4,12).

2. La transformación de las culturas...

Sin embargo, la realidad del ser humano e, incluso, la del hombre particular, no se agota en sus propias fronteras personales. Hoy más que nunca se tiene la convicción, compartida por la Iglesia, de que la naturaleza del hombre no alcanza su expresión plena sino mediante la inserción en una cultura determinada. “La Iglesia ha adquirido en nuestro tiempo una nueva conciencia de la dimensión cultural de la persona y de las comunidades humanas. (...) *La cultura*, (es) ese modo particular en el cual los hombres y los pueblos cultivan su relación con la naturaleza y con sus hermanos, con ellos mismos y con Dios, a fin de lograr una existencia plenamente humana (cf. GS, 53). No hay cultura si no es del hombre, por el hombre y para el hombre. Ésta abarca toda la actividad del hombre, su inteligencia y su afectividad, su búsqueda de sentido, sus costumbres y sus recursos éticos”⁷.

Toda esta realidad debe también ser ‘cristificada’ y ‘divinizada’; toda ella, también, debe verse penetrada por el poder de la Palabra de Dios, y ser transformada por dentro. Así como la gracia santificante transforma al hombre entero tanto en su esencia como en sus actos, así también el Evangelio debe transformar tanto las estructuras constitutivas de la sociedad humana como cada una de las manifestaciones de esa sociedad. Ninguno de los ámbitos que forman una sociedad humana y determinan una cultura puede quedar fuera del influjo de la Palabra de Dios. Esta necesidad se ve reforzada si tenemos en cuenta, como dice Pablo VI, que “la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo”⁸.

Es por eso que todo el esfuerzo de la Iglesia de hoy debe tender a hacer que la fe en Cristo penetre en el hombre como individuo y en todo lo que nace de él y pertenece a él, es decir, debe procurar que la fe penetre profundamente en las culturas. Esto es lo que se ha querido expresar con el término ‘inculturación de la fe’, que Juan Pablo II ha definido como “una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en las diversas culturas humanas”⁹. Porque es necesario estar profundamente convencidos que “una fe que no se convierte en cultura es una fe no acogida en plenitud, no pensada en su totalidad, no vivida con fidelidad”¹⁰. La gracia de Cristo y su palabra, o mejor, la Palabra, que es él mismo, tiene el poder de alcanzar –y debe alcanzar– el corazón de toda cultura para purificarla, fecundarla y enriquecerla, es decir, transfigurarla, acendrando sus elementos negativos y llevando a su más pleno desarrollo los gérmenes de verdad y bondad que se encuentran en ella. De esta manera nace una *nueva* cultura, una cultura *original*, “cuyos dos constitutivos fundamentales son, a título radicalmente nuevo, la *persona* y el *amor*”¹¹ y que tiene como objetivo final la construcción de la *civilización del amor*.

⁷ CONSEJO PONTIFICIO PARA LA CULTURA, *Para una pastoral de la cultura*, 1999, n° 2.

⁸ PABLO VI, Enciclopedia *Evangelii Nuntiandi*, n° 20.

⁹ SAN JUAN PABLO II, Enciclopedia *Redemptoris Missio*, sobre la permanente validez del mandato misionero, 1990, n° 53.

¹⁰ SAN JUAN PABLO II, *Carta autógrafa por la que se instituye el Consejo Pontificio de la Cultura*, en *L’Osservatore Romano*, 9-VII-82.

¹¹ CONSEJO PONTIFICIO PARA LA CULTURA, *Para una pastoral de la cultura*, 1999, n° 3.

3. ...a través de la evangelización de la cultura

Esta inculturación de la fe se hace a través de la *evangelización de la cultura*, que no es otra cosa que la obediencia al mandato de Cristo de predicar el Evangelio a todas las gentes hasta los últimos confines de la tierra. Gracias a esta evangelización específica, “el Evangelio penetra vitalmente en las culturas, se encarna en ellas, superando sus elementos culturales incompatibles con la fe y con la vida cristiana y elevando sus valores al misterio de la salvación que proviene de Cristo”¹². A esta evangelización de la cultura Pablo VI la describe con trazos muy vivos: “Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad (...). Se trata también de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación. Lo que importa es evangelizar no de una manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces una cultura y las culturas del hombre, en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et Spes*, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios”¹³.

Conclusión

Hacer que el Evangelio y la gracia de Dios entren en la cultura de hoy y la transforme y transfigure totalmente no es sólo tarea de los intelectuales. Es tarea de todo bautizado. Cada cristiano, aun en el ambiente más humilde y menos cualificado intelectualmente, está urgido por la palabra de Cristo a tratar de que su mensaje y su gracia se inserten en el ambiente en el que se desarrolla su vida cotidiana. El primer ambiente de este tipo es su propia familia. Luego, el trabajo, los lugares de esparcimiento, el deporte, etc. Todo bautizado debiera sentirse responsable de que Cristo reine en el pequeño mundo que a cada uno de nosotros nos toca vivir. Sólo así, con una actividad capilar y de infinita paciencia, se logrará que Cristo esté presente en el corazón del hombre individual y en el corazón de la sociedad.

Pidámosle esa gracia a la Virgen María.

Papa Francisco

Solemnidad de N. S. Jesucristo, Rey del Universo

La liturgia de hoy nos invita a fijar la mirada en Jesús como Rey del Universo. La hermosa oración del Prefacio nos recuerda que su reino es «reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz». Las lecturas que hemos escuchado nos muestran cómo realizó Jesús su reino; cómo lo realiza en el devenir de la historia; y qué nos pide a nosotros.

Ante todo, cómo realizó Jesús su reino: lo hizo con la cercanía y la ternura hacia nosotros. Él es el pastor, de quien habló el profeta Ezequiel en la primera lectura (cf. 34, 11 - 12. 15-17). Todo este pasaje está entrelazado por verbos que indican la premura y el amor del pastor hacia su rebaño: buscar, cuidar, reunir a los dispersos, conducir al apacentamiento, hacer descansar, buscar a la oveja perdida, recoger a la descarriada, vendar a la herida, fortalecer a la enferma, atender, apacentar. Todas estas actitudes se hicieron realidad en Jesucristo: Él es verdaderamente el «gran pastor de las ovejas y guardián de nuestras almas» (cf. Hb 13, 20; 1 P 2, 25).

¹² SAN JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores dabo vobis*, sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual, 1992, n° 55.

¹³ PABLO VI, Encíclica *Evangelii Nuntiandi*, n° 19.

Y quienes estamos llamados en la Iglesia a ser pastores, no podemos distanciarnos de este modelo, si no queremos convertirnos en mercenarios. Al respecto, el pueblo de Dios posee un olfato infalible al reconocer a los buenos pastores y distinguirlos de los mercenarios.

Después de su victoria, es decir, tras su Resurrección, ¿cómo lleva adelante Jesús su reino? El apóstol Pablo, en la Primera Carta a los Corintios, dice: «Cristo tiene que reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies» (15, 25). Es el Padre quien poco a poco somete todo al Hijo, y al mismo tiempo el Hijo somete todo al Padre, y al final incluso a sí mismo. Jesús no es un rey al estilo de este mundo: para Él reinar no es mandar, sino obedecer al Padre, entregarse a Él, para que se realice su designio de amor y de salvación. Así hay plena reciprocidad entre el Padre y el Hijo. Por lo tanto, el tiempo del reino de Cristo es el largo tiempo del sometimiento de todo al Hijo y de la entrega de todo al Padre. «El último enemigo en ser destruido será la muerte» (1 Cor 15, 26). Y al final, cuando todo sea sometido bajo la realeza de Jesús, y todo, incluso Jesús mismo, sea sometido al Padre, Dios será todo en todos (cf. 1 Cor 15, 28).

El Evangelio nos dice qué nos pide el reino de Jesús a nosotros: nos recuerda que la cercanía y la ternura son la norma de vida también para nosotros, y a partir de esto seremos juzgados. Este será el protocolo de nuestro juicio. Es la gran parábola del juicio final de Mateo 25. El Rey dice: «Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (25, 34-36). Los justos contestarán: ¿cuándo hemos hecho todo esto? Y Él responderá: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40).

La salvación no comienza con la confesión de la realeza de Cristo, sino con la imitación de sus obras de misericordia a través de las cuales Él realizó el reino. Quien las realiza demuestra haber acogido la realeza de Jesús, porque hizo espacio en su corazón a la caridad de Dios. Al atardecer de la vida seremos juzgados en el amor, en la proximidad y en la ternura hacia los hermanos. De esto dependerá nuestro ingreso o no en el reino de Dios, nuestra ubicación en una o en otra parte. Jesús, con su victoria, nos abrió su reino, pero está en cada uno de nosotros la decisión de entrar en él, ya a partir de esta vida —el reino comienza ahora— haciéndonos concretamente próximo al hermano que pide pan, vestido, acogida, solidaridad, catequesis. Y si amaremos de verdad a ese hermano o a esa hermana, seremos impulsados a compartir con él o con ella lo más valioso que tenemos, es decir, a Jesús y su Evangelio.

Hoy la Iglesia nos presenta como modelos a los nuevos santos que, precisamente mediante las obras de una generosa entrega a Dios y a los hermanos, sirvieron, cada uno en el propio ámbito, al reino de Dios y se convirtieron en sus herederos. Cada uno de ellos respondió con extraordinaria creatividad al mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Se dedicaron sin reservas al servicio de los últimos, asistiendo a los indigentes, enfermos, ancianos y peregrinos. Su predilección por los pequeños y los pobres era el reflejo y la medida del amor incondicional a Dios. En efecto, buscaron y descubrieron la caridad en la relación fuerte y personal con Dios, de la que brota el verdadero amor por el prójimo. Por ello, en la hora del juicio, escucharon esta dulce invitación: «Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25, 34).

Con el rito de canonización, hemos confesado una vez más el misterio del reino de Dios y honrado a Cristo Rey, pastor lleno de amor por su rebaño. Que los nuevos santos, con su ejemplo y su intercesión, hagan crecer en nosotros la alegría de caminar por la senda del Evangelio, la decisión de asumirlo como la brújula de nuestra vida. Sigamos sus huellas, imitemos su fe y su caridad, para que también nuestra esperanza se revista de inmortalidad. No nos dejemos distraer por otros intereses terrenos y pasajeros. Y que la Madre, María, reina de todos los santos, nos guíe en el camino hacia el reino de los cielos.

(PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo*, Plaza de San Pedro, Domingo 23 de noviembre de 2014)

Cristo rey
Mt 25, 31-46

Cristo es rey. Es rey por derecho natural porque es Hijo de Dios y por Él han sido creadas todas las cosas¹⁴ pero además es rey por derecho de conquista ya que recreó todas las cosas por su misterio pascual y Dios ha sometido a Él todas las cosas¹⁵.

Él se hizo hombre para traer su Reino a los hombres y para que los hombres entren en su Reino. Su Reino es el Reino del amor y sólo entran en él los que aman. Cristo ha venido a traernos a Dios y “Dios es amor”¹⁶, por eso el Reino de Cristo es amor, pues Él es Dios con nosotros y su reino es por participación lo que Él es por naturaleza. Su Reino, que no es de este mundo lo ha querido trasladar a este mundo. Lo ha manifestado por su vida, en especial, por su misericordia para con los hombres y en la entrega de sí mismo para la salvación de los pecados.

Nos ha dado un mandamiento nuevo que es el compendio de todos los mandamientos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, o más simplificado, amar al prójimo por amor a Dios o amar a Dios en el prójimo, “os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros”¹⁷.

Cristo ha establecido su Reino de amor en la tierra y quiere que los hombres entren en su Reino. No son distintos el Reino de Cristo y el Reino del Padre. El Reino de Cristo es una prolongación del Reino de Dios y camina a la perfección para ser uno con él.

Cristo por su obediencia de amor ha vencido la rebeldía del pecado y por su amor a Dios hasta la entrega total ha vencido al diablo (...). Cristo venció la muerte en sí mismo por amor al Padre porque el amor es más fuerte que la muerte¹⁸ y finalmente la vencerá en nosotros resucitándonos de entre los muertos para que Cristo reine sobre todas las cosas y entregue todas las cosas transfiguradas por el amor a Dios y así Dios sea “todo en todo”¹⁹, para que el amor sea la vida de la Jerusalén celeste.

Reino de Cristo fundado en la caridad y no en la filantropía. Reino que es gracia y no obra de hombres.

Cuando Cristo venga al final de los tiempos juzgará a los hombres en el amor. Las obras de misericordia hechas por amor a Cristo serán las determinantes del lugar definitivo de los hombres. Los que amaron a Cristo en el prójimo entrarán para siempre en el Reino y los que no amaron a Cristo en el prójimo quedarán excluidos eternamente de su Reino.

Al ser las obras por caridad, es decir, por Cristo, mirando a Cristo en el prójimo queda incluido en prójimo todo el necesitado de misericordia, pequeños, marginados, antipáticos, repugnantes, presos, enfermos, peregrinos o de otras naciones, etc.

No sólo los que nos pueden devolver el favor sino también los que no nos lo pueden devolver. Cristo mora en cualquier hombre, Cristo se ha hecho hombre para salvar a todos los hombres, en la humanidad asumida por Cristo están incluidos, en cierta manera, todos los hombres.

El amor a Dios, la caridad, se manifiesta en el amor al prójimo hecho por amor a Cristo. San Pablo dice que la perfección de la ley es el amor al prójimo²⁰ y San Juan que miente quien dice amar a Dios si no ama al prójimo porque amando al prójimo manifestamos el amor a Dios²¹.

¿Qué hace el rey con los que no lo quieren? Los tolera. Pero si tienen que comparecer ante él por el delito de desobediencia formal son castigados. Si se niegan a reconocer su autoridad y lo odian son retirados de su presencia.

Los que no quieren a Cristo por rey se excluyen ellos mismos de su Reino y fuera del Reino del amor sólo existe el odio, eso es el infierno.

¹⁴ Cf. Jn 1, 3

¹⁵ Cf. 1 Co 15, 27

¹⁶ 1 Jn 4, 8

¹⁷ Jn 13, 34

¹⁸ Cf. Ct 8, 6

¹⁹ 1 Co 15, 28

²⁰ Ga 5, 14

²¹ 1 Jn 4, 20

iNFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del el evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.